

Текст для аудирования

El plato de madera

Había una vez un hombre entrado en años que vivía en la casa de su hijo. Tenía un nieto pequeño al que quería con locura. Cada noche la familia se reunía a cenar en torno de una mesa grande. Allí compartían unos buenos manjares y unas conversaciones serenas. Pobre abuelo había pasado la vida trabajando de sol a sol con sus manos, pero tanto trabajo se había cobrado un doloroso tributo: las manos del anciano temblaban como las hojas bajo el viento de otoño. A pesar de sus esfuerzos, a menudo los objetos se le caían de las manos y a veces se hacían añicos al dar en el suelo. Durante las comidas no acertaba a llevar la cuchara a la boca, y su contenido se derramaba sobre el mantel. Para evitar tal molestia procuraba acercarse al plato, y éste solía terminar roto en pedazos sobre las baldosas del comedor. Y así un día tras otro. Su hijo muy molesto por los temblores del abuelo tomó una decisión que contrarió a toda la familia. Desde aquel día el abuelo comería en su habitación y usaría un plato de madera. Así ni mancharía a los manteles ni rompería la vajilla. El abuelo movía suavemente la cabeza con resignación. Y de vez en cuando enjugaba unas lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Era muy duro aceptar aquella humillación. Pasaron unas semanas. Y una tarde cuando el hijo volvió a su casa encontró al niño de nueve años enfrascado en una misteriosa tarea. El chico trabajaba un pedazo de madera con un cuchillo de cocina. El padre lleno de curiosidad le dijo:

- ¿Qué estás haciendo con tanta seriedad? ¿Es una manualidad que te han mandado a hacer en la escuela?
- No, papá, - respondió el niño.
- ¿Entonces, de qué se trata? ¿No me lo puedes explicar?
- Claro que sí, papá. Estoy haciendo un plato de madera para cuando tú seas viejo y vengas a vivir conmigo.
- No entiendo, hijo.

- Cuando las manos te tiemblen y rompas mis platos yo tendré ya listo este plato de madera para que lo uses en tu habitación.

Al oír aquello un dolor extraño le encogió las entrañas. De repente comprendió lo que había hecho con su propio padre. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Y aunque ninguna palabra se dijo al respecto, él sabía lo que tenía que hacer. Esa tarde el hijo tomó gentilmente la mano del abuelo, y lo dio de vuelta a la mesa de la familia. Por el resto de sus días el abuelo ocupó un lugar en la mesa con ellos.